

VI. Expectativas de los hombres ante la paternidad en España

M. José González, Marta Domínguez y Francesca Luppi

6.1. Introducción

La mayoría de las investigaciones sobre la fecundidad se centran fundamentalmente en las mujeres. Como hemos visto en el capítulo 1, son varios los argumentos que compiten para explicar por qué la tasa de fecundidad de las mujeres ha caído de forma tan llamativa en los últimos años. Una explicación es que la aparición de los valores posmaterialistas implica que se otorgue mayor prioridad a la autonomía individual y a la realización personal (Lesthaeghe, 1995; Van de Kaa, 1987, 1988). Otra destaca la importancia creciente que asume la calidad de las relaciones frente a la maternidad (Oppenheimer, 1988). Un tercer punto de vista sostiene que las mujeres se enfrentan a costes de oportunidad crecientes a la hora de tener hijos debido a la mayor inversión que han hecho en capital humano y a su compromiso con el mercado laboral (Becker, 1993); esto, a su vez, es probable que desemboque en el retraso de la maternidad o incluso en la renuncia a tener hijos (Blossfeld *et al.*, 2005). Otra explicación asocia la caída de la fecundidad con la creciente incertidumbre económica entre las mujeres con mayor nivel educativo (Kreyenfeld, 2010), mientras que otra argumentación sugiere que la fecundidad disminuye cuando se produce un desequilibrio entre las aspiraciones de igualdad de la mujer y la persistencia de desigualdades de género en la familia y en las instituciones públicas (McDonald, 2000). Por último, una explicación adicional sostiene que el declive de la fecundidad se debe a las dificultades de las mujeres para encontrar buenos candidatos en el «mercado matrimonial» debido al empeoramiento de las condiciones laborales de los hombres (Oppenheimer, 1988).

Las investigaciones sobre la fecundidad, sin embargo, tienden a pasar por alto a los hombres, como si sus opiniones, expectativas, incertidumbres o deseos no tuviesen ninguna influencia en las decisiones de la pareja a la hora de tener hijos (Kravdal y Rindfuss, 2008). A menudo se da por sentado que las preferencias de los hombres apenas cambian con el tiempo y que el creciente coste que suponen los hijos, así como los nuevos roles de género, no influyen en su manera de afrontar la paternidad. Pero todas estas suposiciones ya no son válidas hoy. Cada vez es más evidente que en las sociedades occidentales se está extendiendo una *nueva paternidad* consistente en padres más comprometidos y que cuidan más y mejor a sus hijos, en tanto que la imagen del padre pasivo o distante emocionalmente –a menudo asociada al modelo tradicional del varón sustentador– está desapareciendo gradualmente (Clarke y Roberts, 2002; Hobson y Morgan, 2002). Esta nueva paternidad tiene una gran relevancia social, ya que un padre comprometido con el cuidado de sus hijos es un factor altamente beneficioso tanto para construir relaciones más estrechas como para estimular resultados positivos en los hijos en cuanto a competencias cognitivas y estereotipos de género (Marsiglio *et al.*, 2000).

Este capítulo pretende llenar un vacío en la investigación actual explorando el papel del hombre en las decisiones relativas a la paternidad y en la manera en que construye su ideal para ser un «buen padre». El estudio cualitativo se basa en una muestra de 68 hombres que esperan ser padres por vez primera (su pareja estaba embarazada en el momento de la entrevista) y viven en parejas de «doble sueldo» (ambos trabajan) en España en 2011.⁽¹⁾ En este capítulo se recurre a las narraciones de los hombres para identificar la importancia de los hijos en su vida, el significado de «ser un buen padre» y sus expectativas acerca de la participación en el cuidado del hijo y los ajustes laborales que serán necesarios con la nueva paternidad. En algunos de los análisis también se toman en consideración los valores y las características de sus parejas. Finalmente, este análisis pretende contribuir a mejorar la comprensión de las circunstancias que atañen a los hombres a la hora de decidir y planificar nuevos modelos de paternidad, y

(1) Esta investigación ha recibido el apoyo del Ministerio de Ciencia e Innovación (proyecto CSO2010-17811), el Instituto de la Mujer (referencia 43/09) y el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

aportar nuevos datos a las investigaciones sobre el retraso y la caída de la fecundidad en España.

6.2. Perspectivas teóricas: padres, paternidad y cuidados paternos

Ser padre adquiere diferentes significados dependiendo del punto de vista cultural. Como sostienen Hobson y Morgan (2002), uno de los significados del término *paternidad* es la «codificación cultural de los hombres como padres», lo cual incluye los derechos, los deberes, las responsabilidades y el estatus asociados a la paternidad, al igual que las nociones de lo que representa ser padres «buenos» y «malos» (Hobson y Morgan, 2002; Lupton y Barclay, 1997). Relacionados con la paternidad, los *cuidados paternos* son «el conjunto de prácticas que llevan a cabo los padres, equivalente al cuidado maternal o bien de ambos progenitores» (Quesnel-Vallee y Morgan, 2003). Sin embargo, en buena parte de la literatura científica contemporánea, los dos conceptos –paternidad y *cuidados paternos*– se utilizan indistintamente para incluir todos los roles, actividades, deberes y responsabilidades que se espera de los padres en relación con la crianza de los hijos (Tanfer y Mott, 1997). En su análisis sobre la definición de las dimensiones vinculadas al concepto de «padre», Gregory y Milner (2004) desarrollan la idea de un «régimen de paternidad» que incluye los derechos y las obligaciones específicas que el Estado, la familia, las políticas de empleo y de tiempo (jornadas laborales) confieren a los padres (Gregory y Milner, 2005). Según estos autores, la familia y las políticas de empleo son las dimensiones que más se han estudiado. En países como el Reino Unido, por ejemplo, existe una amplia literatura que analiza las tensiones entre los derechos de los padres (especialmente después de una separación) y el discurso normativo de la paternidad *comprometida o nueva* paternidad (Collier y Sheldon, 2008; Featherstone, 2009; Smart y Neale, 1999).

Los significados de la nueva paternidad

La mayoría de las investigaciones centradas en la masculinidad en las décadas recientes han subrayado y desarrollado el concepto de un *nuevo padre* o la *paternidad activa* para referirse a la construcción social y psicoló-

gica de la identidad del hombre en las sociedades occidentales desde los años setenta (Lupton y Barclay, 1997; Henwood y Procter, 2003; Connel, 1995; Nentwich, 2008; Deave y Johnson, 2008; Gillis, 2000). La aparición de este concepto está vinculada al declive del modelo del varón sustentador. La vida laboral y familiar de hombres y mujeres ha ido convergiendo progresivamente (Collier, 1999; McDowell, 1997), y los cambios sociales –como las tasas crecientes de divorcio y la reestructuración de las familias– han contribuido decisivamente a ello. La «nueva paternidad participativa» se define por contraste con el «tradicional padre ausente» (Finn y Henwood, 2009). En particular, las investigaciones han enfatizado el compromiso emocional de los hombres en el cuidado de los hijos y el deseo de compartirlo con su pareja, así como el deseo de compartir las tareas del hogar y la vida de familia en general (Craig 2006; Lupton y Barclay, 1997; O’Brien, 2005). Al mismo tiempo, el rol de «paternidad marginalizada» se identifica como una fuente de sufrimiento entre los hombres que quisieran ejercer un rol paternal más activo (Gillis, 2000).

A pesar de la creciente atención que recibe entre los académicos el estudio de la *nueva paternidad*, todavía no se ha llegado a una definición consensuada del concepto. Algunos estudios, en su mayoría cualitativos, centran la atención en este aspecto. Diferentes autores, por ejemplo, utilizan entrevistas semiestructuradas antes y después del parto para estudiar la paternidad y presentan una compleja trama de conceptos y comportamientos con el fin de identificar el retrato ideal y real de los padres primerizos (Deave y Johnson, 2008; Anderson, 1996; Lupton y Barclay, 1999; Hall, 1994). Estos estudios se centran en la gran discrepancia que existe entre la paternidad ideal y su concreción posterior. Como sostienen Cowan y Cowan (1992), la paternidad tiende a ser más un proceso que un estatus. Así, lo que los hombres definen como «la paternidad ideal» puede estar muy lejos de los comportamientos reales. El marco de relaciones (con la pareja, los compañeros, familiares, amigos) y el contexto en el que actúan (mercado laboral, políticas sociales y familiares, roles culturales, etc.) moldean al final las posibilidades de su puesta en práctica.

Recientemente están apareciendo medidas para favorecer nuevos modelos de paternidad, que se enmarcan en el contexto general de las políticas para la igualdad de géneros. En particular, la necesidad de alentar la participa-

ción paternal se ha visto motivada por la «inadecuación del rol» masculino ante la caída de las tasas de natalidad, así como los riesgos crecientes de divorcio y separación. Esta perspectiva reconoce la centralidad del rol del hombre en las decisiones de la pareja a la hora de tener hijos. Por ejemplo, ha quedado bien demostrado que la decisión de tener un hijo la toman conjuntamente los dos miembros de la pareja (Morgan, 1985; Thomson *et al.*, 1990; Thomson y Hoem, 1998), y que el desacuerdo entre ambos en esta materia es probable que desemboque en el retraso de la paternidad/maternidad (Miller, Severy y Pasta, 2004). Al mismo tiempo, el rol histórico de la mujer como la «cuidadora natural» significa que las intenciones del hombre han tendido tradicionalmente a acomodarse a las preferencias de su pareja, más que a la inversa (Rindfuss *et al.*, 1988). Miller, Severy y Pasta (2004), por ejemplo, muestran que las mujeres consideran sus deseos de maternidad más importantes que los de los hombres, mientras que estos creen que sus intenciones sobre cuándo tener los hijos pesan igual que las de sus parejas. Esta incongruencia en las percepciones puede ser el resultado de un proceso de reestructuración de los roles de la familia que todavía no ha concluido.

Compensaciones y costes de oportunidad de la paternidad para los hombres

La conciliación de trabajo y familia requiere todavía un difícil equilibrio para la identidad y el bienestar de la mujer. Esto queda ilustrado por el hecho de que en las parejas más igualitarias en las que ambos trabajan, las mujeres se sienten más inclinadas a retrasar la maternidad que los hombres (Rosina y Testa, 2009). Aun así, la idea de que los hijos tienen un coste de oportunidad también para los hombres aparece claramente en los estudios sobre la nueva paternidad, en particular, en los estudios referidos a las parejas en las que ambos son profesionales. La «nueva paternidad» parece estar más relacionada con el modo en que el hombre intenta afrontar la identidad dual de ser trabajador (sustentador) y padre a la vez, ya que los dos roles le exigen tiempo (Henwood y Procter, 2003). De hecho, vemos que el tiempo dedicado a los hijos ha aumentado de manera sustantiva en las últimas décadas tanto para las madres como para los padres (Sayer, Bianchi y Robinson, 2004). Gregg y Washbrook (2003), por ejemplo, señalan la importancia creciente del tiempo global dedicado a los hi-

jos por el padre y la madre, y muestran cómo los padres –en parejas en las que ambos trabajan– compensan la reducción de la presencia maternal aumentando su aportación.

A pesar de ello, como sostiene O'Brien (2005), «la implicación de los padres es un equilibrio entre dinero, tiempo y cuidado». Las preferencias sobre los roles familiares de los padres guardan una relación muy estrecha con el contexto económico y social. En los países con una economía débil es típico que los hombres muestren una mayor preferencia por jornadas laborales prolongadas, mientras que en los países con economías más fuertes es más común el deseo de disfrutar de mayor flexibilidad horaria o de trabajos a tiempo parcial (Stier y Lewin-Epstein, 2003). Al mismo tiempo, el problema de la «disponibilidad de horas» afecta tanto al deseo de ser padre como a los ideales de la paternidad (Daly, 1996). Especialmente en los contextos donde las políticas favorables a la familia son inexistentes o se revelan incapaces de prestar apoyo a los padres, los hombres manifiestan más propensión a recortar horas de ocio que de trabajo (Sayer, Bianchi y Robinson, 2004). Las estrategias más comunes de las mujeres para responder a las necesidades familiares son los empleos a tiempo parcial, o bien salir del mercado laboral. La calidad y la naturaleza del tiempo que los padres dedican a los hijos también han cambiado. Tradicionalmente, los padres participaban más en las actividades de juego (Pleck, 1997), pero Sayer, Bianchi y Robinson (2004) señalan que el aumento en la participación de los padres en el cuidado de los hijos incluye todos los aspectos (cuidado físico, educación, juegos, etcétera). En general, se observa un cambio normativo; los hombres no solo deben ser «buenos trabajadores» y «buenos padres», sino también «buenos maridos». Esto se plantea claramente cuando examinamos el conflicto sobre el tiempo y los recursos que un hombre puede o debe dedicar a cada rol. Mientras que para los hombres «ser un buen padre» implica sacar tiempo y recursos del ocio, para algunas mujeres ser un «buen marido» implica un reparto equitativo de la dedicación a los hijos; de lo contrario, se resiente su satisfacción conyugal (Kalmuss, Davidson y Cushman, 1992).

Cuidar a los hijos es mucho más gratificante emocionalmente que dedicarse a las tareas domésticas (Oakley, 1974). Así, ante el dilema de «ser un buen padre y un buen marido» y renunciar al tiempo de ocio, suele ganar

la reducción de la participación masculina en las rutinarias tareas del hogar. Valga señalar que la percepción de injusticia en el reparto de responsabilidades de cuidado y trabajo doméstico no es exclusiva de las mujeres. Según Milkie *et al.* (2002), el hecho de que los padres no cuiden adecuadamente a los hijos es una fuente de estrés para las madres, pero un aumento indeseado del trabajo remunerado también puede ser una fuente de estrés para los padres que quieren implicarse. Estos padres, además, sufren cuando las mujeres mantienen el rol tradicional de cuidadoras únicas. Esta especie de «monopolio maternal» sobre los hijos (Allen y Hawkins, 1999) pone de manifiesto hasta qué punto el equilibrio de géneros puede implicar un complejo juego de poder.

Cabe decir que una paternidad participativa está vinculada al entorno social y cultural. De hecho, la paternidad activa tendría que estar positivamente relacionada con las políticas de apoyo a la familia, al igual que con el cambio de las normas de género. La investigación sobre la paternidad debe tener en cuenta claramente estos factores. Este capítulo se propone llenar algunos de los vacíos que tenemos en lo que se refiere a la investigación sobre los padres españoles.

6.3. Datos y enfoque analítico

Los datos de este estudio provienen del proyecto de investigación cualitativa internacional «TransParent» sobre la transición a la paternidad. Incluye 136 entrevistas individuales en profundidad (entrevistas por separado a los dos miembros de la pareja) y 68 entrevistas conjuntas (a los dos miembros al mismo tiempo) realizadas en cuatro ciudades (Barcelona, Madrid, Pamplona y Sevilla) en 2011. En este capítulo nos basamos sobre todo en la muestra de hombres. El proyecto «TransParent» escogió a las parejas sobre la base de dos criterios principales: ser de «doble sueldo» (los dos miembros de la pareja trabajan o están buscando trabajo) y estar esperando el primer hijo. La definición de parejas de «doble sueldo» se acabó flexibilizando para incluir a individuos desempleados con el fin de adaptar el diseño de la muestra a la crisis económica actual (el desempleo había pasado del 9% en 2005 al 20% en 2011). La mayoría de las parejas fueron contactadas durante las clases de preparación para el parto.

Asimismo, la muestra incluye a individuos de diferentes estratos socioeconómicos (tabla 6.1). No obstante, cabe señalar que la muestra no es representativa de la población española, además presenta ciertos rasgos, por ejemplo, hay una mayor representación de parejas mayores. En 2010 la edad media a la que las mujeres españolas tenían el primer hijo era de 31 años (INE),⁽²⁾ mientras que esta media en nuestra muestra es de 34. El nivel educativo también está ligeramente sesgado porque la población con menos educación se encuentra infrarrepresentada.

Sin embargo, el objetivo de este tipo de investigación cualitativa no es asegurar la representatividad estadística de la muestra sino contar con la visión de parejas de distintos niveles educativos y entornos económicos, ya que estos factores influyen en el comportamiento, las expectativas y los valores de género (Coltrane, 2000). La muestra nos permite explorar cómo ven la paternidad hombres con diferentes experiencias laborales y niveles educativos. Las entrevistas individuales estaban semiestructuradas y solicitaban información sobre los planes laborales de cada miembro de la pareja inmediatamente después de la llegada del hijo; se preguntaba si siempre habían querido tener un hijo y en qué circunstancias se plantearon la idea de tenerlo; cómo se preparaban para la llegada del niño, sus referencias para reflexionar sobre la maternidad/paternidad (amigos y familiares), los planes ideales para cuidar al bebé y equilibrar las responsabilidades laborales y familiares, y, por último, los planes que tenían en relación con el uso de los permisos.⁽³⁾ La muestra también tiene algunos inconvenientes: por ejemplo, nos falta información sobre hombres que viven en pareja y prefieren no tener hijos o todavía no han dado el paso de ser padres. Estos casos podrían ayudarnos a entender los motivos del aplazamiento de los hijos o el rechazo a tenerlos. Aun así, la muestra contiene una buena representación de hombres por grupos de edad (el más joven

(2) Los principales indicadores demográficos del Instituto Nacional de Estadística (INE) están disponibles en línea en www.ine.es.

(3) Según el sistema español de permisos, las madres tienen derecho a un *permiso de maternidad* de 16 semanas, de las cuales 10 pueden tomárselas antes del parto o transferirlas al padre. Los padres tienen derecho a 15 días de *permiso de paternidad* si son empleados o 13 días si son autónomos. Ambos permisos, el de la madre y el del padre, garantizan el sueldo íntegro y pueden tomarse simultáneamente o no (el permiso del padre se puede tomar cuando acaba el de la madre). Los dos padres también tienen derecho a *permisos no remunerados* para cuidar a los hijos (con la excepción de los autónomos) por una duración máxima de 3 años desde el nacimiento. Finalmente, padres y madres tienen derecho a *permisos a tiempo parcial* (también conocidos como «jornada laboral reducida») para cuidar a los hijos, con la reducción salarial correspondiente.

tiene 27 años y el mayor, 46; 12 de los 68 hombres que esperan el primer hijo tienen 40 años o más) e incluye una buena representación de las personas que han retrasado la decisión de ser padres.

TABLA 6.1

Características principales de la muestra: individuos (hombres y mujeres) en parejas de doble sueldo que esperan el primer hijo

	INDIVIDUOS	PORCENTAJE
Ciudad		
Barcelona	34	25
Madrid	42	31
Pamplona	42	31
Sevilla	18	13
Total	136	100
Media de edad		
Hombres	36	
Mujeres	34	
Nivel educativo		
Educación obligatoria incompleta	5	4
Educación secundaria (primer ciclo)	8	6
Educación secundaria (segundo ciclo)	36	26
Educación superior (3 años)	27	20
Educación superior (5 años)	54	40
Doctorado o posgrado	6	4
Total	136	100
Relación con el mercado laboral		
Funcionarios	9	7
Con contrato indefinido	75	55
Con contrato indefinido y autónomos	3	2
Autónomos	11	8
Con contrato temporal	19	14
Trabajadores irregulares (sin contrato laboral)	1	1
Desempleados	18	13
Total	136	100

Nota: las entrevistas se realizaron entre noviembre de 2010 y julio de 2011.

6.4. El deseo de los hombres de ser padres y el momento ideal para tener el primer hijo

Ante la erosión del modelo del varón sustentador, la independencia creciente de la mujer y la mayor participación de los padres en la crianza de los hijos, la percepción del hombre sobre el coste de los hijos y el momento apropiado para tener el primero puede haber cambiado. En esta sección empezamos explorando el papel del hombre en la decisión de tener un hijo y qué momento consideran el adecuado para ser padres. Como vemos en la tabla 6.2, se configuran cuatro grupos según quien toma la decisión y quien siente inicialmente un mayor deseo de tener un hijo.

TABLA 6.2

Descripción de la muestra: miembros de parejas con doble sueldo que esperan el primer hijo, según quien ha tomado la iniciativa en la decisión

	NÚMERO DE PAREJAS		EDAD MEDIA DE LA MUJER	EDAD MEDIA DEL HOMBRE
El hombre tomó la iniciativa de tener el primer hijo	16	24%	35	34
Ella insistió, él accedió	16	24%	33	35
Los dos estaban de acuerdo en tener el hijo	27	40%	34	37
No estaban buscando que ella se quedara embarazada	7	10%	36	37

Nota: dos parejas no proporcionaron información explícita.

En el primer grupo, en el que *el hombre tomó la iniciativa de tener el primer hijo*, los hombres habían estado aplazando la decisión incluso cuando llevaban largo tiempo deseando tener hijos. Muchos simplemente tardaron en encontrar a la «persona adecuada» y en alcanzar la estabilidad emocional y profesional necesaria. Algunos de estos hombres ven a los hijos como el resultado natural de la pareja. La decisión de convertirse en padres parece estar estrechamente relacionada con el reloj biológico. Algunos afirman ser «muy niños» y otros incluso siguen con interés los programas televisivos sobre la crianza de los hijos. Suelen proceder de familias numerosas y guardan buenos recuerdos de su propia infancia. Algunos

también mencionan que la mayoría de la gente que les rodea está teniendo hijos, lo cual es una prueba más de que ya ha llegado la hora de que ellos también se lancen. En algunos casos, el deseo de tener hijos es muy intenso y afirman que es un proyecto muy importante en la vida de la pareja o que una pareja sin hijos no está realizada. Un argumento recurrente para aplazar la paternidad en este grupo es la idea de que sus parejas no estaban preparadas porque querían esperar a tener un empleo estable o alcanzar determinados objetivos profesionales.

En el segundo grupo, *ella insistió, él accedió*, predominan los hombres que se resisten a asumir las responsabilidades de la paternidad. Para un pequeño número de este grupo, la paternidad no es un elemento esencial de sus vidas; es algo de lo que podrían haber prescindido fácilmente o no era una prioridad en el momento en que sus parejas se lo sugirieron. Estos hombres aceptan la inminente paternidad como algo inevitable básicamente porque no pueden privar a su pareja de la maternidad. Un hombre, por ejemplo, menciona que en un momento dado él y su pareja asumieron el riesgo de no usar anticonceptivos. Otro dijo que el embarazo simplemente llegó y que lo aceptaron, y otros hacen referencia al reloj biológico de la pareja como el motivo de la decisión. Muchos de estos hombres pasan de los 40 y habían decidido que no tendrían hijos. Otro argumento mencionado con frecuencia es que los hombres nunca están preparados para asumir, al menos por iniciativa propia, una responsabilidad tan importante como la paternidad, que se percibe como demasiado costosa para su estilo de vida y, sobre todo, para su tiempo de ocio. Según afirman, han podido disfrutar de la vida en pareja con entera libertad, pero pronto tendrán que cambiar la mayoría de sus rutinas. Estos hombres no solo están asustados ante la paternidad, sino que también tienen la impresión de que no están tan preparados para ser padres como lo están las mujeres para ser madres. Otros hombres, resignados con la idea de que tarde o temprano tendrían hijos, discutieron explícitamente esta cuestión con su pareja y les pidieron esperar hasta que la situación laboral de ambos mejorase o se estabilizaran económicamente.

El tercer grupo consta de parejas en las que *los dos estaban de acuerdo en tener el hijo*. Para este grupo un tema recurrente es haber pasado una lista de condiciones previas antes de ser padres, como la situación laboral de

ambos o, en menor medida, el hecho de haber encontrado a «la persona adecuada» (muchos miembros de este grupo rondan los 40 años). A menudo habían decidido explícitamente aplazar el tema del hijo hasta consolidarse profesionalmente, ya que la mayoría de parejas sigue el modelo de doble sueldo, en parte como respuesta a la creciente incertidumbre económica (Abril *et al.*, 2012). Si no alcanzan este objetivo, los hombres en particular se angustian. Otro motivo que dan para tener el hijo es que la pareja ha pasado mucho tiempo sin hijos y ya ha llegado el momento oportuno para ser padres. Algunos hombres confesaron que habían dudado de si llegarían a tener hijos o no. Varias parejas también comentan que se sentían un poco «raros» porque tenían la impresión de que todos tenían hijos menos ellos. Fernando recordaba así las dificultades que pasaron para que su pareja se quedara embarazada:

(1) *FERNANDO: Sí, sí, casi todos los amigos, yo tengo treinta y ocho años y soy, digamos, el pequeño de mis amigos; casi todos tienen niños y siempre ha sido una cosa que a mí me ha gustado mucho, ¿no? Quizá ya hemos pasado un poco la etapa esa, pues ya hace mucho tiempo que llevamos rondando esto. Esto va a traernos un poco de paz.*

ENTREVISTADORA: ¿Sí?

FERNANDO: Sí, después de tanto tiempo nos va a venir muy bien.

[Fernando: 38 años, estudios secundarios. Fátima: 34 años, estudios universitarios.]

Finalmente, el último grupo –el más reducido– lo forman parejas que *no estaban buscando que ella se quedara embarazada*. Resulta interesante comprobar que son bastante maduros y tienen un buen nivel educativo. En algunos casos dicen que el embarazo fue inesperado, ya que habían abandonado la idea de tener hijos tras una serie de abortos espontáneos. En estos casos, la paternidad era un proyecto importante que no había sido posible realizar anteriormente.

En resumen, la muestra presenta una gran heterogeneidad en las intenciones de los hombres y el calendario deseado para la paternidad. Hay hombres que alientan o frenan a sus parejas para efectuar la transición a la paternidad; hay hombres que tienen miedo y otros que sienten un intenso

deseo de ser padres. La cuestión importante aquí es aclarar hasta qué punto la iniciativa del hombre en las decisiones sobre tener hijos está relacionada con los distintos ideales de paternidad. ¿Debemos deducir que los padres que toman la iniciativa son también los más propensos a desarrollar una «paternidad comprometida»? ¿O que las parejas que planifican conjuntamente la transición al primer hijo compartirán las tareas de cuidado de forma más igualitaria? En la siguiente sección intentaremos encontrar algunas respuestas.

6.5. Los ideales de los hombres sobre la paternidad y sus planes para cuidar a los hijos

La sección anterior ponía de relieve una heterogeneidad significativa en los deseos de los hombres de ser padres, en el valor asignado a los hijos con el fin de tener una relación satisfactoria y en el momento apropiado para tenerlos. El resultado es que en el proceso decisorio subyacente no tan solo se manifiestan las preferencias de la mujer, sino que se produce una toma de decisiones conjunta, en la que cada miembro de la pareja considera las opciones y las limitaciones del otro, y, como apuntan Miller, Severy y Pasta (2004), los desacuerdos también influyen en el calendario del primer hijo. No obstante, contrariamente a nuestras expectativas, no hallamos una inclinación dominante hacia un rol paterno más activo entre los hombres que han tomado la iniciativa de tener el primer hijo, sino que aparecen numerosos ideales diferentes en torno a la paternidad. Para algunos hombres, el trabajo tiene mucha importancia y apenas prevén ajustes menores en su vida laboral –si es que hacen alguno–; simplemente les atrae la idea de tener niños. Para estos hombres, tal como lo expresa Townsend (2002), la paternidad es un componente más de un «paquete» culturalmente determinado con cuatro elementos interrelacionados: casarse, tener hijos, tener un puesto de trabajo fijo y una casa en propiedad. También encontramos a hombres que se proponen participar muy activamente en el cuidado del hijo pero resulta que están en el paro (trabajadores manuales), para quienes su rol de cuidadores está condicionado por las perspectivas laborales futuras; hombres con una débil orientación laboral que preferirían pasar todas las horas del día con la criatura, especialmente

en el primer año, si fuera posible, y también un grupo minoritario de hombres que se proponen involucrarse a fondo en el cuidado del hijo: hombres también con una débil orientación hacia el trabajo y hombres con una fuerte vinculación al trabajo, bien situados, para quienes la atención al hijo no tiene por qué afectar negativamente sus perspectivas laborales.

En esta sección trataremos el compromiso que los hombres prevén adquirir a la hora de cuidar al hijo y la estrategia para conciliar esta actividad con el trabajo remunerado. Los planes ideales serán un reflejo del significado de la paternidad para estos hombres. En particular, exploramos qué entienden por ser un «buen padre», hasta qué punto los hombres prevén participar en el cuidado del hijo durante los primeros años y los costes de oportunidad que implican estas decisiones, así como hasta qué punto son partidarios del equilibrio de géneros a la hora de cuidar al hijo. Por *prever* nos referimos a los ajustes que los futuros padres hacen para poner en práctica sus ideas. Como se ha mencionado anteriormente, presuponemos que los hombres más favorables a una «paternidad activa» anticipan la necesidad de realizar ajustes en su vida laboral y son más proclives a asumir un reparto equitativo del tiempo dedicado al cuidado del hijo.

La realidad es que la mayoría de los hombres de la muestra decían que estaban entusiasmados –aunque unos cuantos también reconocían que estaban aterrorizados– ante la inminencia de la paternidad y manifestaban explícitamente el deseo de ser «padres participativos». Muy pocos se sentían cómodos con el modelo del padre ausente que se pasa el día trabajando para sacar adelante a la familia, si bien unos pocos lo justificaban como un sacrificio por la familia. Por ejemplo, este es el caso de Andrés, un trabajador altamente cualificado y muy bien situado profesionalmente en su sector, con una jornada laboral larga y casado con una mujer también muy cualificada pero con un débil compromiso con el mercado laboral debido a la crisis económica. Él tenía muy claro que lo primero es el trabajo. Su mujer se ocuparía de todas las tareas relacionadas con el hijo, de modo que él pudiera continuar invirtiendo en su trayectoria profesional, lo que consideraba económicamente beneficioso para la familia a largo plazo:

(2) *ANDRÉS: Hay gente que hace eso, quizá en mi [empresa]; desde luego hay gente con esos perfiles, como habrá en muchos ministerios y en muchas*

otras empresas. Yo, sinceramente, creo que si tienes la ambición necesaria para pegar un sprint profesional ahora, que luego te permita un desahogo, soy de la opinión de que se debería hacer y también soy de la opinión de que si la mujer se siente más cómoda en casa y con trabajos más flexibles y menos demandantes... Soy totalmente pro familia, es decir, que no es por ser machista tampoco, porque al final uno de los dos tiene que estar más en unas tareas que el otro. Tengo unos amigos en que es lo contrario.[...] No, pero claro, a mí me encantaría, dentro de diez años, poder tener una situación laboral que me permita disfrutar de mis hijos. Yo sé que hasta dentro de diez años no va a ocurrir porque voy a tener que trabajar mucho, pero espero poder [hacerlo].

[Andrés: 36 años. Ana: 31 años. Ambos con estudios universitarios.]

Andrés constituye un ejemplo del grupo de padres para los cuales la necesidad de centrarse en la familia es un proyecto a largo plazo. Para ellos, alcanzar la posición social deseada es muy importante. Estos hombres no consideran la paternidad como un coste de oportunidad en sus trayectorias profesionales; al contrario, pretenden incluso entregarse más al trabajo para poder sacar adelante la familia. Esto no significa que no sean conscientes de las necesidades de los niños en cuanto a tiempo y atención, pero saben que estas necesidades serán satisfechas sobre todo por las madres y por ayuda externa. Estos hombres comparten la idea de que trabajar intensamente en el presente les permitirá disfrutar más de la familia en el futuro. En estos casos, no se menciona ninguna negociación con la pareja; la necesidad de centrarse en el trabajo se presenta como algo inevitable, derivado de la profesión que han elegido, o bien relacionado con una inversión que beneficiará a la familia a largo plazo y que sus parejas «comprenden».

Sin embargo, el «padre ausente» que refleja el caso que acabamos de ver es poco común en las entrevistas realizadas. Un discurso recurrente es el deseo del hombre de escapar del tradicional modelo de familia del varón sustentador. Los hombres comparan sus ideales de paternidad con los de sus padres y suelen marcar distancias respecto a lo que posiblemente era el modelo de un padre autoritario y a menudo ausente, frente al cual adoptan una postura favorable a un modelo más participativo. Así, mencionan la necesidad de mejorar sus «aptitudes paternas» en aquellas fa-

cetas en las que se sintieron decepcionados por sus propios padres como, por ejemplo, prestar más atención al rendimiento escolar o pasar más tiempo juntos.

A pesar del rechazo del modelo del padre ausente, muchos hombres ven difícil encontrar tiempo para estar con el hijo. Evocan repetidamente la imagen del padre que llega a casa justo a tiempo para bañar al niño y acostarlo, y muchos se identifican con esta imagen –más o menos resignados–. Idealmente, a la mayoría de los padres les gustaría dedicar más tiempo a los hijos y llegar a casa antes, pero no creen que eso sea posible. A menudo lo justifican por las condiciones del mercado laboral o por las características específicas de su puesto de trabajo. Inevitablemente, para que los hombres puedan mantener su horario laboral, muchas mujeres tendrán que modificar el suyo. Esto, a su vez, significa que las madres asumirán el rol de cuidadoras principales, como se refleja en este caso:

(3) *ENTREVISTADORA: ¿Crees que los dos haréis algún tipo de adaptación? Tú te has planteado eso que me comentabas antes de intentar estar en una posición con más margen de maniobra, ¿no?*

UBERTO: A ver, yo creo que esta posición probablemente me permita, por las mañanas, llevar al bebé a la guardería o al sitio que sea preciso, y por la tarde entiendo que me permitirá también salir algo antes para poder dedicarle esos tiempos de baño, de cena y de dormir.

[Uberto: 34 años. Úrsula: 30 años. Ambos con estudios universitarios.]

La mayoría de los hombres entrevistados dicen que les gustaría estar «implicados», aunque no tenían muy claro qué quiere decir eso exactamente en la práctica; en realidad, las interpretaciones eran bien diferentes. Un hombre partidario de compartir las responsabilidades, por ejemplo, creía que «implicarse» significaba compartir su tiempo libre equitativamente una vez que su mujer tuviese un trabajo a tiempo completo. De hecho, pensaba coger el permiso de paternidad de 15 días, mientras que su pareja tenía previsto coger las 16 semanas de maternidad, seguidas de un permiso de maternidad que le permitiese trabajar a tiempo parcial durante un año. A él, un permiso tan largo le parecía económicamente inviable, aunque los ingresos de ambos eran similares. En esta pareja, los valores tradicionales de género desempeñaban un papel clave a la hora de planificar la

futura paternidad, como lo refleja la diferencia de significados que otorgaban a ser un «buen padre» o una «buena madre». La mujer consideraba normal que fuese ella quien redujera su jornada laboral, aunque eso pudiese perjudicar sus perspectivas profesionales:

(4) *ENTREVISTADORA: ¿Y habéis valorado lo de la jornada reducida, que lo haga ella por el tema económico, o hay alguna otra razón?*

DELIA: Pues no, la verdad es que no nos planteamos el porqué, ya dimos por supuesto que iba a ser yo. Creo que también un poco por, no sé, porque en mi trabajo quien tiene la jornada reducida son las mujeres. [...] Pero claro, yo sé que hasta que mi marido llegue a casa la que va a estar con el bebé soy yo, porque soy yo la que sigue teniendo la jornada reducida. También soy yo la que va a cobrar menos, lo que repercute en el gasto de la casa, que es común, pero claro, soy yo la que a lo mejor tengo más limitada mi carrera profesional también, pero ya sé todo, todo lo que conlleva, y entonces, claro, elijo, y elijo estar con mi hijo.

[Delia: 32 años. Daniel: 29 años. Ambos con estudios universitarios.]

Para la madre, la paternidad activa significaba establecer un vínculo estrecho con el hijo, y ello consistía en la necesidad de pasar «suficiente tiempo» con la criatura. Para el padre, significaba disfrutar de tiempo con el hijo y procurar no perderse nada del proceso de crianza. Sus visiones implicaban compromisos distintos en relación con la dedicación temporal, al igual que ideas diferentes sobre el propio tiempo. Además, la mujer defendía una especie de monopolio en el cuidado del hijo durante el primer año (Allen y Hawkins, 1999) y se consideraba a sí misma como la cuidadora legítima:

(5) *DELIA: Sí, suele ser la madre la que reduce su jornada. Yo creo que hay gente que puede pensar que es machista, la sociedad, pero creo que el vínculo con la madre, personalmente, siempre es más..., sobre todo al principio, creo que es muy importante, ¿no?, que la madre esté presente en ese primer año o primer y segundo años. Hay gente que lo calificaría de machista y que el hombre debería tener más papel, pero no sé, yo no sé realmente qué horarios tienen los demás. A lo mejor se dividen; lo que tengo pensado hacer con mi marido es dividir la tarea: él que lo lleve por la mañana y yo lo recojo por la tarde, y así el contacto con el padre y con la madre es el mismo, ¿no?, por lo menos.*

[Delia: 32 años. Daniel: 29 años. Ambos con estudios universitarios.]

Como contrapunto al monopolio maternal en el cuidado de los hijos, algunos padres son conscientes de la necesidad de romper con los roles tradicionales. Esto lo expresan los hombres que anticipan con realismo los cambios que tendrán que hacer en su vida cotidiana para adaptarse a la crianza de los hijos y alcanzar un estatus de paternidad realmente compartida. Para ellos, ser padres activos y presentes significa compartir una parte del control que la madre tiene sobre los hijos, tanto en términos de educación como de cariño, tal como lo expresan ellos mismos:

(6) CARLOS: *Claro, no, no; doy por sentado que esto va a ser así algún día, o sea, muchos días te apoyas en Luisa o Luisa se apoyará en mí. Yo tengo una ilusión brutal por conectar con mi hija, al mismo nivel que Luisa, tengo esa necesidad. Para mí es muy importante esta niña, por nada en especial, porque me hace una ilusión terrible y porque es un pedazo de emoción. Yo quiero estar con ella, quiero ser parte activa. No quiero que mi trabajo me reste horas de niña, y en la medida en que pueda lo voy a intentar hacer y si para esto necesito estar aquí, y con el teléfono, pues voy a estar.*

[Carlos: 38 años. Luisa: 37 años. Ambos con estudios secundarios (segundo ciclo).]

(7) ÁNGEL: *Pues me gustaría que fuera mucho más compensado de poder, por ejemplo, cosas como prepararle el baño, sino poder estar para darle la merienda y hacer los deberes o ser el que va al parque, que vas a un parque y es patético, hay un hombre por diez mil mujeres. [...] O el que lo recoge, esos pequeños placeres, que para mí es el día a día, y que yo no he tenido esa figura y no quiero que haya ese vacío, ¿no? Quizá no tiene por qué crearse, pero como yo lo he vivido así, por lo tanto, es una cosa que no quiero.*

[Ángel: 37 años, estudios secundarios (segundo ciclo). Verónica: 31 años, estudios universitarios.]

Hay un grupo de hombres que consideran la familia como una prioridad y que han decidido adoptar un rol activo en el cuidado del hijo. Son conscientes de que su horario de trabajo puede obstaculizar –en la mayoría de los casos– una participación activa, lo que les lleva a replantearse la relación que tienen con su trabajo. Estos padres recurren a diversas estrategias para modificar su implicación en el mercado de trabajo a corto plazo: reducir la jornada laboral, rechazar las horas extras, cambiar de turno, trabajar por

cuenta propia para tener más flexibilidad o, incluso, aplazar la búsqueda de trabajo en el caso de estar desempleados. Estos argumentos son más comunes entre los hombres con una débil orientación laboral o que están decepcionados con las posibilidades que les ofrece actualmente el mercado laboral. La decisión de tener un hijo los ha impulsado a reevaluar sus preferencias y, en algunos casos, a afrontar costes de oportunidad significativos. Este es el caso, por ejemplo, de Jorge, que habló con su jefe sobre sus condiciones laborales antes de que su pareja se quedara embarazada y fue despedido en cuanto la empresa supo de su intención de tener hijos:

(8) JORGE: Sí, nosotros acordamos, después de un largo período de vacaciones, que después de agosto del año pasado, al acabar las vacaciones nos pondríamos a buscar el crío. Entonces, en septiembre tuve una charla con mi jefe para... bueno, se lo comenté. Es una persona normal, no sé, un jefe normal y corriente, y bueno, yo le comenté que estábamos intentando tener un hijo y que necesitaba saber cómo estaría la cosa. Pues a la semana siguiente me echaron, y en dos semanas ya estábamos embarazados, si hubiera sido por mí, no nos hubiéramos quedado embarazados el mismo día, todo igual pero con el trabajo, pero eso no dependía de mí y yo sé que ella estaba muy ilusionada, tenía muchas ganas. Cuando me despidieron hubo un segundo en que se me pasó por la cabeza el decirle: «De momento, lo dejamos», pero en seguida entendí que no, evidentemente, porque ella se moría de ganas de quedarse embarazada, y bueno, también quiero que sea feliz, si es lo que ella ya había esperado casi un año.

[Jorge: 31 años. Natalia: 32 años. Ambos con estudios secundarios (segundo ciclo).]

Al examinar a este grupo con detenimiento, comprobamos que los que están dispuestos a asumir un rol de padre más activo tienen una situación laboral (y los ingresos) similar o inferior a la de sus parejas. Estos hombres no consideran que el trabajo remunerado sea algo de la máxima importancia, en algunos casos porque se han encontrado en un entorno laboral inesperado (es decir, en el paro o trabajando en un sector que no habían previsto), o porque tienen trabajos poco convencionales en el sector público o simplemente con un horario laboral flexible. También es frecuente que estos hombres valoren la importancia del trabajo de su pareja.

Algunos hombres, por ejemplo, expresan claramente que el trabajo ha dejado de ser el eje central de su vida y que prefieren ser los cuidadores principales del bebé durante el primer año en lugar de pagar a alguien para que se ocupe de su hijo. Uno de los hombres describe el trabajo remunerado como un mero instrumento para poder desarrollar otras actividades. Otro (un funcionario) considera que su puesto de trabajo es un callejón sin salida y no cree que una reducción de su jornada laboral sea perjudicial para sus ambiciones profesionales, que dependen únicamente de si aprueba unas oposiciones. En otro caso, el hombre tiene la intención de coger una parte del permiso de maternidad y pasar a ser el cuidador principal del niño, de modo que su mujer pueda concentrarse en el trabajo, pues tiene un puesto muy exigente. No obstante, este tipo de discursos no se limita a los padres con empleos poco atractivos. Por ejemplo, Romero, que trabaja en el sector público y tiene un alto nivel educativo, como su pareja, llega tarde a la paternidad (tiene 44 años) y percibe su trabajo como algo instrumental; prevé hacer cambios importantes en su vida laboral, como coger los 15 días de permiso de paternidad, juntarlos con las vacaciones anuales y después reducir la jornada en un tercio durante el primer año. También se queja de no tener el mismo estatus que las madres; la comadrona le desaconsejó asistir al curso preparatorio del parto:

(9) ENTREVISTADORA: *Aparte de acudir a los cursillos de preparación al parto.*

ROMERO: *A la primera y a la última clase, que no nos ha dejado Antonia ir a más.*

ENTREVISTADORA: *¿No os ha dejado ir a más clases?*

ROMERO: *No, no, a los chicos no. Sí, fuimos a la primera y nos dijo, ya sabes cómo es Antonia: «Bueno, a los chicos ya no os quiero ver más hasta el último día» (ríen los dos), nos quedamos todos así como diciendo: «Bueno, pues no sé» (ríe), si es así, pues bueno. Preparándome, intento ayudarla, aunque la verdad es que la ayudo muy poco con el tema de las respiraciones, por lo menos para la respiración para el parto.*

[Romero: 44 años. Olga: 37 años. Ambos con estudios universitarios.]

Una vez más, la intención de los hombres de ser el cuidador principal no está necesariamente relacionada con el miembro de la pareja que tomó la iniciativa de tener el hijo. Esto lo ilustra Federico (empleado del sector público), que al comienzo se sintió muy inseguro y demasiado inmaduro para ser padre, pero que ahora se está preparando a conciencia para ser un padre participativo. Se queja de las dificultades para encontrar buenos modelos de este rol de paternidad en los medios de comunicación.⁽⁴⁾ Está casado con una mujer de alto nivel educativo y valores muy orientados al trabajo; en cambio, él no le da tanta importancia a sus ambiciones profesionales. Disfruta de un horario privilegiado (trabaja de 8 a 3) y prevé pasar todas las tardes con su hija. Para él, la satisfacción como padre significa hacer todo lo relacionado con el cuidado de su hija:

(10) FEDERICO: Qué cuidados, hombre, yo creo que para sentirme realizado como padre me gustaría participar en todos los cuidados que necesite, o sea, desde cambiarle un pañal hasta bañarla, hasta salir con ella al parque, ir con ella al médico si puedo. A mí me gustaría implicarme, me gustaría poder implicarme en todo lo que ella necesite, y de modo egoísta, quiero decir porque es que al final es un poco tu hija y me gusta participar en todo, pero en cuanto a horas (resopla), no sé, no sé cuánto puede necesitar.

[...] Hemos pasado del tema, pero solo es el mundo de las madres, nosotros estamos ahí para después ayudar y yo no quiero ayudar, yo quiero ser padre.

[...] Sí, estoy muy enfadado con las revistas, son todas «Ser padres hoy», que por lo menos te ponen en el título, pero todas van encaminadas solo a la madre, menos un artículo o dos que he leído. Solo es cómo reacciona la madre, cómo se siente la madre, cómo no sé qué, cómo tienes que hacer que el padre se sienta y el padre es como si no existiera.

[Federico: 30 años, estudios secundarios (segundo ciclo). Fabiola: 30 años, estudios universitarios.]

En todo caso, son una minoría los hombres que realmente prevén una paternidad compartida. Y pocos los padres dispuestos a reducir la jornada

(4) En Francia y el Reino Unido se han llevado a cabo estudios que también han identificado esta queja general sobre la manera en que las guías para los futuros padres presentan a los padres (hombres) como progenitores y cuidadores, en un rol claramente secundario respecto a las madres, y al mismo tiempo enfatizan la carencia natural de los hombres en habilidades paternas, lo que les sitúa en un «territorio desconocido» (Gregory y Milner, 2011).

laboral durante los primeros meses después del parto, de modo que dan por hecho que la madre será la cuidadora principal. En muchos casos, esto está relacionado con la lactancia. Las mujeres se identifican culturalmente como el pilar que nutre y cuida a los hijos, y los padres se suman a este esfuerzo mediante su colaboración. Muchos expresan dilemas con respecto a pedir o no los 15 días de permiso. Saben que tienen derecho a ello, pero piensan que a sus jefes o las empresas donde trabajan no les gustará. Describen su decisión como «atrevida» o que supone una cierta desviación respecto a normas no escritas. Al mencionar este dilema, están reconociendo los posibles costes de oportunidad asociados a su puesto de trabajo o trayectoria profesional. En algunos casos, los hombres deciden no tomarse los 15 días de permiso; esta decisión a veces se justifica por el miedo a las consecuencias que pueda tener, de modo que estos hombres tienen una clara percepción de los costes de oportunidad. Pero a menudo la justificación está más relacionada con la percepción de los futuros padres de ser insustituibles en el trabajo. En estos casos hay un estrecho lazo entre la identidad de género del individuo y la actividad económica. Esta situación no tan solo se da entre hombres con trabajos altamente especializados, sino también entre los que ocupan puestos de categorías inferiores. Tal es el caso, por ejemplo, de Samuel. Altamente cualificado y muy orientado al trabajo –que le va muy bien–, casado con una mujer igualmente cualificada, menciona explícitamente la necesidad de invertir «tiempo de calidad» en su hija, aunque su pareja se manifestaba muy escéptica respecto a su supuesta participación. Su conversación refleja desacuerdo sobre las prioridades y la percepción del tiempo que requiere hacerse cargo adecuadamente de su hija:

(11) SAMUEL: Pues yo creo que tendremos un modelo en el que tendremos que utilizar o contratar a una persona interna aquí en casa, que nos ayude en todas las labores domésticas o que nos haga todas las labores domésticas e intentar, bueno, pues concentrar la jornada de trabajo en llegar antes, no significativamente antes, pero sí a lo mejor antes, ¿no? También intentar tener más flexibilidad en algún momento con la niña para poder trabajar desde la casa si todo sigue como hasta ahora, y bueno, pues el tiempo libre dedicarlo mucho a la niña.

[...] Claro, yo creo que cuanto más se le dedique, mejor, eso sin duda, pero partiendo de la base de que cuanto más tiempo se le dedique, mejor es para la

niña y para la relación. También hay que ver la calidad del tiempo que se dedica, entonces procuraré dedicar más tiempo y que el tiempo que le dedique tenga calidad, pues procuraré que la calidad sea básicamente estar en los momentos importantes o en los momentos más fundamentales estar muy pendiente.

ENTREVISTADORA: Con lo cual tú ni siquiera te planteas la reducción de jornada; ¿no es algo posible o ni siquiera te lo planteas?

SAMUEL: No.

SARA: Ni siquiera te lo planteas.

SAMUEL: Es que no me lo puedo plantear, cari (resopla), es que, tsch, es que ya lo sabes.

SARA: Ya, pero...

SAMUEL: Es que trabajar por cuenta propia tiene esas circunstancias, entonces no, no veo factible trabajar, o sea, tener una reducción de jornada. Veo posible lo que te comentaba, tener una flexibilidad o poder venir más días a trabajar desde casa cuando sea necesario, etcétera, eso sí, y si hace falta cogermé una tarde o un día entero para ver a la niña, me lo cojo, ¿sabes?, pero no veo factible pedirme una reducción de jornada oficial.

SARA: Porque tampoco la cumplirías, o sea que...

SAMUEL: Sería muy, muy complicado.

[Samuel: 38 años. Sara: 37 años. Ambos con estudios universitarios.]

Los futuros padres manifiestan una actitud ambivalente ante los cambios que la paternidad causará en sus vidas. En general, los padres se imaginan la vida con un niño o una niña de mayor edad, con quienes mantendrán un alto grado de interacción. Tienen ideas más o menos definidas sobre lo que les gustaría hacer con su hijo a estas edades, sobre todo haciéndole participar en sus actividades de ocio favoritas. Para los padres que no asumen un rol activo entre semana, las actividades de ocio en los fines de semana son especialmente importantes. Sin embargo, cuando se les pide que expresen sus ideas sobre la vida cotidiana con un bebé, algunos dicen que tener niños significa perder libertad, limitar su capacidad de tener tiempo para ellos. Estos hombres sostienen que han aplazado tener hijos porque querían dedicar tiempo a otras actividades, incluidas las de ocio.

(12) *BERNARDO: Si en el fondo lo tenía claro, pero bueno, había un poco de pereza, lo que le pasa a todo el mundo, ¿no? Si piensas: «No, tendré que dejar de viajar, el fin de semana pues no podré salir...», pues bueno, ya lo he hecho durante muchos años y tampoco pasa nada por hacer otra cosa.*

[Bernardo: 33 años, estudios universitarios. Beatriz: 28 años, estudios secundarios (segundo ciclo).]

En otros casos los hombres no mencionan actividades específicas, pero comentan que tener hijos supone un cambio de vida, pasar de una etapa centrada en el ocio y en pasarlo bien a otra más centrada en la familia. Así, aunque no hayan previsto explícitamente los cambios que se producirán en sus vidas, creen que tener un hijo alterará sus pautas de ocio. Esto lo ilustra bastante bien Gerardo:

(13) *GERARDO: Sí, sí, yo sí lo he tenido claro. Creo que la vida va por etapas, vas cumpliendo años, tengo 32 años y ya se me ha pasado un poco la etapa de salir, de disfrutar tanto; bueno, de disfrutar no, de cambiar, y ahora pues eso, me hace ilusión tener hijos...*

[Gerardo: 32 años. Gabriela: 27 años. Ambos con estudios secundarios (segundo ciclo).]

Los hombres intentan compensar esta pérdida de tiempo de ocio negociando con sus parejas o anticipando acuerdos, de modo que uno pueda tener tiempo para sus actividades mientras el otro cuida al niño. Sus reflexiones sobre la necesidad de estos pactos ponen de manifiesto que los futuros padres son conscientes de los cambios que habrá en su tiempo de ocio.

En pocas palabras, la mayoría de los hombres hablan de su futura paternidad como algo emocionante y gratificante. Su idea de la paternidad a menudo se basa en sus propias experiencias y en las de sus amigos o familiares. Así, los futuros padres esperan transmitir los valores positivos aprendidos en su propia familia y mejorar lo que consideran carencias, como la falta de tiempo pasado con el padre o la reproducción de estilos de paternidad y maternidad anticuados. Encontramos evidencias de una paternidad activa en nuestra muestra, pero probablemente más en la teoría que en la práctica real. Aunque pocos de los hombres entrevistados coincidían con el estereotipo de la figura del varón sustentador, emocio-

nalmente distante, muy pocos desafiaban los roles tradicionales anticipando, por ejemplo, importantes ajustes laborales.

¿Por qué tan pocos hombres prevén una paternidad activa? Más allá de la persistencia de los roles de género tradicionales, está claro que las restricciones institucionales constituyen una barrera para los modelos familiares alternativos. En primer lugar, los limitados derechos de los padres (equilibrio trabajo-familia) reconocidos por el marco institucional nacional son parcialmente responsables de la lentitud de los cambios entre los futuros padres. En nuestra muestra, por ejemplo, algunos de los hombres tenían dudas sobre si realmente tenían derecho a los 15 días de permiso de paternidad, mientras que entre las mujeres las 16 semanas de permiso de maternidad se dan por descontadas, lo cual es sintomático de la cultura laboral tradicional. Además, el diseño del sistema español de permisos (16 semanas para la madre, 2 para el padre) institucionaliza desde el comienzo mismo los desequilibrios de género en la atención a los hijos y dificulta nuevas prácticas de paternidad/maternidad (Lapuerta, Baizán y González, 2011); un patrón que después se ve reforzado por el monopolio maternal en el cuidado de los hijos que adoptan algunas madres, en especial durante el primer año.

En segundo lugar, la actual crisis económica y la inseguridad laboral consiguiente limitan el poder de negociación de los padres en sus puestos de trabajo, debido a que temen represalias por parte de la empresa (si, por ejemplo, piden un permiso de reducción de jornada por paternidad) y se ven obligados a aceptar las condiciones laborales para no perder el empleo. Los futuros padres a menudo comentan que una jornada laboral de 7 a 3 es un ideal difícil –cuando no imposible– de conseguir; un año de permiso de paternidad se percibe como una utopía, y hechos como poder dejar y recoger al hijo o a la hija en la escuela infantil o incluso pasar juntos –la pareja y el bebé– todas las tardes se consideran privilegios. La mayoría de los hombres desempleados prevén una paternidad activa y, en algunos casos, la situación inesperada del paro se interpreta como una oportunidad única para estar más tiempo con el hijo.

Las futuras madres se enfrentan a limitaciones e incertidumbres similares o incluso peores en el mercado laboral, pero a diferencia de sus compañeros no pueden ocultar su maternidad inminente en el trabajo, de modo

que adoptan prioridades o estrategias diferentes para poder cuidar al hijo durante el primer año.

Las diferencias en la participación a la hora de cuidar al hijo entre los padres primerizos tienen diversas consecuencias para su relación de pareja y también para la relación con el niño o la niña. Tanaka y Waldfogel (2007), por ejemplo, examinaron la influencia de las políticas de tiempo, permisos de paternidad y jornadas laborales en la participación de los padres en el cuidado de los hijos a través de los datos de la primera ola del *Millennium Cohort Study* (un proyecto de investigación multidisciplinario que sigue las vidas de unos 19.000 niños nacidos en el Reino Unido en 2000-2001). El estudio concluye que el uso del permiso de paternidad y la reducción de la jornada laboral durante los primeros años se relacionó con una mayor participación de los padres en la crianza de los hijos. Según este estudio, compartir la paternidad/maternidad no solo fomenta la igualdad de género tanto en la pareja como en el mercado laboral –puesto que transmite la señal de que ambos progenitores están igualmente comprometidos con el cuidado–, sino que refuerza la relación entre padres e hijos.

6.6. Conclusiones

En los países occidentales está surgiendo un nuevo modelo de paternidad, y es probable que esto afecte a la decisión de tener hijos. De acuerdo con nuestra muestra, independientemente de quién toma la iniciativa de tener el primer hijo, los hombres anticipan estrategias muy diferentes para cuidar al hijo que tendrán atendiendo a los valores de género, el entorno laboral (la jornada), las perspectivas laborales (la centralidad del empleo) y la situación laboral de su pareja. Las condiciones laborales y las rigideces del mercado de trabajo tienen un papel muy importante en las decisiones de los padres, pero estas limitaciones a menudo se consideran como un rasgo de género: si bien las mujeres están sujetas a las mismas rigideces, están más preparadas para reducir la jornada laboral, aunque dicha reducción pueda perjudicar su carrera profesional. Hay algunas excepciones a esta norma, puesto que algunos hombres están dispuestos a involucrarse más en las tareas de paternidad para que sus parejas puedan centrarse en su trabajo, invirtiendo así los roles tradicionales.

El rechazo, al menos idealmente, del modelo de varón sustentador como forma anticuada y negativa de ser padre ha quedado arraigado en los recuerdos de infancia de algunos de los encuestados. De hecho, suelen manifestar una visión crítica de la rígida división del trabajo basada en el género que tenían sus padres y que en muchos casos comportaba un padre ausente y una madre de dedicación plena con la que establecían una relación más estrecha. No obstante, como ya hemos mencionado, esta propensión a una paternidad activa normalmente no pasa de ser un ideal, al menos, en las percepciones de los futuros padres. La mayoría de los hombres parecen estar entusiasmados con la llegada del primer hijo y afirman que quieren estar implicados, pero esto se interpreta de formas muy distintas.

Muchos hombres están resignados a hacer de «padres de fin de semana», una situación que justifican mayoritariamente por su situación laboral. Aunque los hombres defienden la igualdad a la hora de cuidar y criar al hijo, a menudo sucede que las mujeres tienen previsto realizar ajustes difíciles en su trabajo durante el primer año para poder estar el máximo tiempo posible con su hijo, mientras que los hombres solamente prevén hacer ajustes moderados, como intentar llegar a casa antes o tal vez coger un poco de tiempo o algún día libre cuando sea preciso. Hay múltiples razones que explican por qué hombres y mujeres otorgan significados distintos a la idea de una paternidad/maternidad compartida. Las mujeres sienten que tienen más derecho a ausentarse temporalmente del trabajo, ya que esto se percibe como normal, sobre todo debido a la lactancia. En consecuencia, muchos hombres sienten que tienen derecho a proseguir con las mismas rutinas laborales después del parto y solo admiten pequeños ajustes en la organización de su jornada laboral.

El resultado es que el esfuerzo de estos hombres para involucrarse en el cuidado de los hijos parece menor comparado con los ajustes que realizan las mujeres; no obstante, representa un gran cambio respecto al padre convencional. El esfuerzo que requiere ser un padre participativo a menudo se mide en comparación con los estándares muy bajos en su familia de origen. Por consiguiente, aunque pasen muy poco tiempo con el hijo, eso puede percibirse como un cambio significativo. Las mujeres, en cambio, afrontan estándares muy altos en relación con la maternidad, si los medimos por sus experiencias con sus propias madres. Para ellas, el hecho de

ser la cuidadora principal en los primeros meses después del parto –gracias a los cuatro meses de permiso de maternidad, las horas de reducción de jornada por lactancia y el mes adicional de vacaciones– a menudo se percibe como «el paquete mínimo».

En resumen, y según nuestra muestra, la paternidad/maternidad compartida parece ser todavía más una ilusión que una realidad, al menos en los primeros años de vida del niño; aun así, hemos encontrado un pequeño grupo de padres que prevén invertir los roles tradicionales y ser activos a la hora de cuidar al hijo. La consecuencia principal de los planes futuros de cuidado e implicación de padres y madres es que se agraven las desigualdades de género en las parejas. Las actitudes a favor de una paternidad más participativa han ganado popularidad, pero el contexto institucional y las dificultades derivadas de la actual crisis económica dificultan la mayor parte de los intentos para que las prácticas sean más innovadoras e igualitarias. Aunque los padres muestran cierta buena disposición a cambiar, todo indica que la mayoría no podrá pasar mucho tiempo con su hijo durante el primer año y, sin duda, encontrará justificaciones basadas en las diferencias biológicas, como la lactancia, para la adopción de una división tradicional de roles en las actividades laborales y de atención al bebé.

La crisis económica, a pesar de todos sus aspectos negativos, también introduce algunos elementos positivos en la construcción de la paternidad, ya que algunos hombres buscan otras fuentes de realización fuera del mercado de trabajo y evitan entornos laborales poco favorables para priorizar el bienestar y cuidado del hijo en el núcleo familiar. En conclusión, las políticas de familia no solo deberían velar por mejorar la conciliación del empleo con el cuidado, sino que deberían fomentar la implicación de los padres en el cuidado de los hijos. Esto requiere en gran medida abordar la cultura laboral tradicional y las normas de género que actualmente otorgan diferentes derechos, deberes, responsabilidades y estatus a la paternidad y a la maternidad.

Desde la segunda mitad del siglo xx, la caída de la natalidad es una constante en prácticamente todas las sociedades avanzadas. Este estudio pretende avanzar en la comprensión del carácter multidimensional del fenómeno atendiendo a las variables educativas, las características del mercado laboral, el impacto de las políticas públicas, las transformaciones de los roles de género y las nuevas configuraciones familiares.

España es objeto de un análisis profundo porque exhibe un comportamiento que se desvía de otros casos de natalidad muy baja. Las mujeres aplazan la maternidad; se enfrentan a dificultades para conciliar su vida familiar con la profesional; las ayudas del Estado de bienestar a las familias son insuficientes y las parejas dudan si tener hijos debido a la incertidumbre económica y social. Presenta, asimismo, unas tasas de paro elevadas, en particular entre los jóvenes, junto con un espectacular aumento de las tasas de divorcio y cohabitación.

Los autores analizan los distintos factores que explican la singularidad del caso español, comparándolo no solo con las realidades de los países nórdicos y anglosajones, sino también con nuestros vecinos mediterráneos.



Obra Social "la Caixa"